

CUBA Y EL CHOTEO

POR AMERICO CASTRO

Feb 16/29

NO sé si la afición de nuestros días a juzgar los otros pueblos será a la postre fructífera o nociva. Es decir, si las opiniones extrañas llegarán a determinar alguna mutación favorable en los modos de ser de otras gentes; o si, en otro caso, las críticas ajenas resbalarán irritantes e inútiles sobre los hábitos impenetrables. ¿Influyó alguna vez la opinión exterior en el mejoramiento de una colectividad humana? Me parece que el asunto no está aún aclarado. De todas suertes, y escapando a la anterior alternativa y a los delicados problemas implícitos en ella, no pretenderé hacer ninguna clase de pedagogía. Hablaré del aspecto humano de Cuba en el mismo tono que usaría para examinar su textura geológica o climática.

Pasar de México a Cuba implica cambiar bruscamente de temperatura por fuera y por dentro. De México pudiera decirse, como Barrés de la región lorenesa, donde Juana de Arco forja sus primeros ensueños místicos: "nul pays qui se taise davantage. C'est la vallée silencieuse. Ici les ailes sont repliées". (Ningún país fué nunca más callado. Es éste el valle del silencio. Aquí las alas se repliegan). La vida mexicana es, en efecto, muy callada, introvertida. Se vive y se muere en tono menor. Si un pueblo pudiera proyectarse en una frase, nada caracterizaría tanto a México como su favorita expresión: "Pues quién sabe". Esa inhibición y esa duda mantienen al que habla en actitud problemática y expectante.

Cuba es bulliciosa, decidora, amiga de risas y algazaras. Calor, puertas y almas de par en par. El dicho que con más insistencia impresiona el tímpano forastero es éste: "¡Ni te ocupes, chico!" Esa admonición eliminadora se oye por doquiera, en medio del arroyo; es proferida con voz alzada de tono y un tanto quebrada en sus articulaciones básicas. Por otra parte, el rostro del cubano—sobre todo en el hombre medio del pueblo—va adquiriendo rasgos singulares, sin duda espejo de su alma: las mejillas suelen contraerse levemente hacia arriba; los ojos, deslizantes y resbaladizos, tienden a entornarse; diríase que en esa faz hay estereotipado el esbozo tenue de una sonrisa, aún en el caso de mostrar la persona gesto perfectamente serio. Ahora bien, la sonrisa (sean

cuales fueren sus causas) representa siempre el desenlace de un proceso psicológico. Lágrimas y risas son, por esencia, epílogo y colofón; suponen ya pasado lo que había de pasar. La perenne actitud risible revela, por tanto, que para el sonriente todo está previamente concluso. Los grandes quebraderos de cabeza o de corazón vendrán a situarse muy a la zaga dentro de las íntimas valoraciones de nuestra alma.

Algo de esa cargazón afectiva es perceptible en el énfasis subconsciente con que el cubano emite la predilecta y elusiva frase: "¡Ni te ocupes, chico!" En ella, el tuteo igualitario es un rasgo gramatical lleno de sentido. Tutearse es en Cuba mucho más frecuente que en cualquier otro país. Los escalones sociales de tal modo se alisan, que en algunos casos la escalera llega a convertirse en rampa. De ahí el vocablo "parejería", con el especial sentido que asume en Cuba de "exceso de confianza". Hay la tendencia a emparejarlo todo.

Es innegable la razón que asiste a la moderna lingüística cuando se esfuerza en sustituir las nociones usadas en los abstractos esquemas gramaticales por otros conceptos, que abarquen, con el análisis de las formas del lenguaje, la atmósfera humana que se enraiza y se proyecta en cada expresión idiomática. La sintaxis ha de ser dinámica en cuanto a su génesis histórica; más sobre todo, voluminosa, psíquica, espiritualmente atmosférica. Una frase, aisladamente considerada, significa en sí misma muy poca cosa, si la privamos del andamiaje emotivo, moral o científico sobre que descansa. Tras de una expresión como "¡Ni te ocupes, chico!", se perciben rasgos muy esenciales del pasado y del presente cubanos.

Jorge Mañach ha publicado recientemente un breve y denso librito. Se llama "Indagación del Choteo". Como subtítulo, un lector extranjero pudiera añadir: "Etiología y terapéutica de una dolencia cubana". A manera de meditación epílogo, aún podríamos decir que cuando un país posee gentes que así saben analizar su



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

propio carácter, está en víspera de muy favorable crisis. No desearía incidir en exageración al afirmar que el ensayo de Mañach es uno de los esfuerzos más serios e inteligentes que se hayan hecho sobre los agudos problemas de un pueblo hispano-americano. Mañach destaca entre ese grupo de hombres de primer orden que Cuba posee para honor y bien suyo. Nuestro amigo—su amistad es una de las buenas cosas que hemos traído de América—es fino de aspecto, sutil de espíritu, inquieto y sensible a la novedad, posee formación universitaria (Harvard), y hubiera podido ser un buen romanista. Esa concomitancia filológica aproximó todavía más mi simpatía.

La palabra "choteo" no suena bien a los oídos cultos. En España es voz dialectal o plebeya, refugiada en ciertos ambientes nada exquisitos de Andalucía; para nosotros, su sentido sería "burla desgarrada, en la que el matiz humorístico perdió su sabor a fuerza de recibir sal gorda". No obstante en Cuba ese término puede usarse en sociedad, sin daño de barras, porque allá se hizo sinónimo de broma, guasa, etc. Un hecho lingüístico ha sido generalizado, partiendo de abajo. En Francia, antes de la Revolución, el diptongo "oi" se pronunciaba "oé", como acontece aún en Canadá; en tanto que la plebe decía "uá". Esta pronunciación inferior prevaleció con el triunfo del tercer estado.

De modo general puede decirse que en Cuba ha dominado el influjo andaluz, lo más bullanguero y extravertido del carácter hispánico. Queriendo ser objetivo, no puede, por otra parte, olvidarse el hecho de que la separación de Cuba coincide con momentos de mínima presión vital en la Península. Y Cuba era meramente una provincia algo más al Sur que las Islas Canarias. El siglo XIX fué una de las épocas más inconscientes en la historia de España. Las colonias emancipadas hacia 1810, poseían aún grupos minoritarios, nutridos en los buenos fermentos del siglo XVIII. Los modernos historiadores de la independencia argentina (Ricardo Leyene) han demostrado que el ideario de 1810 debe mucho más a la tradición de Carlos III que a la Revolución Francesa.

Como es natural, Cuba no pudo ya participar del movimiento revisionista español (1898), gracias al cual se produjo un verdadero renacimiento dentro de las fuerzas espirituales de la antigua metrópoli.

Mas a despecho de los naturales obstáculos ahora se observan en Cuba signos muy favorables de un revivir espiritual. No me refiero ni a los problemas políticos, ni a la angustiada situación económica en

que dicen hallarse los cubanos. Pienso sólo en la disposición de ciertos hombres muy valiosos, cuya voz y cuya actuación sutil se perciben desde La Habana hasta Santiago. El libro de Mañach, sobre y contra el "choteo", señala una fecha, creo que muy decisiva. Por primera vez se define con claridad el rasgo más saliente del carácter cubano, con precisión técnica y elegancia expresiva. El extranjero acaba, a veces, por sentirse algo asfixiado en Cuba, no tanto por el calor, como por la atmósfera de "relajo" que lo circunda. En ninguna parte se observa un fenómeno de esa naturaleza. Parece como si la gente—la gente media, la que se ve a primera vista—lo tuviera ya todo aprendido y olvidado de puro sabido. En Andalucía suele observarse algo semejante en ambientes muy populares. En Sevilla parece ser que aún no pueden transitar las damas por la calle de la Sierpe. Cuba, en ocasiones, semeja una magna ampliación, si no de ese hecho, al menos del espíritu que lo determina.

Escribe Mañach: "Nuestra mentalidad media carece del sentido de la tercera dimensión—la dimensión de profundidad. Vemos las cosas más en contornos que en relieves. Las implicaciones más hondas, los alcances más lejanos, se nos escapan casi siempre. De ahí que toda la vida se nos convierta un poco en escenografía, que a nada reconocamos suficiente realidad para tomarlo muy en serio, ni suficiente importancia para darnos a ello por entero. Esta falta de atención suficiente se origina en la impresionabilidad excesiva que el cubano comparte con todos los pueblos tropicales".

Soy más optimista que Mañach. No creo que el trópico signifique una invencible fatalidad. Grandes culturas hubo en ambientes cálidos y de máxima laxitud. Las civilizaciones cretense, egipcia, babilonia,

índica e incluso en parte la africana, tuvieron por sede lugares más inhóspitos que las Antillas. La impresión dominante en Cuba es que está malversando valores humanos de primer orden. Hemos conocido multitud de jóvenes extraordinariamente dotados para la ciencia y para el arte. Muchos de ellos contemplan medrosos el ambiente social en que han de desenvolverse; temen a ese árbol del manzanillo que es el choteo. Unos universitarios preclaros me afirmaban con dolor que no osaban consagrarse de lleno a ciertas actividades ideales, sin haber antes triunfado plenamente en el campo práctico, porque de otro modo "no los tomarían en serio sus paisanos". No sé diga que esto es "americanismo", ya que en el Norte existen gentes consagradas a las técnicas más áridas e improductivas. Allá hay de todo.



El observador imparcial comienza a tener fe en el porvenir espiritual de Cuba. De él dependerá en último término su desarrollo político y económico. Ese ambiente de sorna es daño más positivo que el de todas las enmiendas Platt. Hay, por ejemplo, algunas zonas de la prensa donde en forma habitual

se usa un lenguaje, que para los isleños pasa por broma lícita, y que para el extranjero, sea éste de dónde fuere, resulta inaudito. Tan excesiva despreocupación no conviene al buen nombre exterior de Cuba. Justo es reconocer que las gentes más finas comienzan a pensar en este punto como las extranjeras. Entre la juventud se oyen por doquiera graves y alentadoras palabras. La Universidad quiere revivir y al frente de ella hay profesores de gran solvencia científica y moral. Una vez que el ambiente de excéptica frivolidad comienza a ser atacado, puede decirse que está vencido. Aquí, en Madrid, hace treinta años, muy pocas cosas se tomaban en serio. Todo estaba dispuesto para rechazar la novedad benéfica, con descargas de cuchufleta. Hubo entonces (entre muchas otras cosas) unos escritores heroicos que un buen día se arrojaron a recorrer un trozo de la calle de Alcalá, andando a cuatro patas. Se trataba entonces de desafiar la rutina y el miedo al ridículo, incluso en la forma más grotesca. El famoso "enano de la venta" no resiste ni a la primera embestida.

Madrid, enero 1929.

Revelino, feb 16/29



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA